

legalidad penetra poco y se ensancha menos. Pero en varias formas o especies de la dirección impunista la repercusión del estrago se dilata con profundidades y ensanches desmesurados, que se alargan e iluminan cual un cono de luz siniestra. El impunismo electoral falsea el régimen, convirtiendo su asiento de ciudadanía en escuela de corrupciones; el fraude socava toda la base de justicia y la eficacia de rendimiento del sistema fiscal; la audacia financiera mina las garantías mercantiles, ataca el ahorro, amenaza al crédito. La prevaricación, ese delito definido en dos líneas y no castigado en casi ningún proceso, convierte en albedrío del funcionario y en sorteo de justicia la montaña de preceptos administrativos, la construcción cuidadosa de salvaguardias procesales la misma raigambre secular de las instituciones civiles. Y cuando el impunismo, adueñado de las cumbres del Poder, desde ellas se desborda, reta, amenaza e invade la vida jurídica, sin más frenos aceptados que la posibilidad y el capricho, entonces la civilización y el Derecho retroceden transitoriamente siglos, en momentos o en años, en que la seguridad legal del ciudadano vive con terror y reposa con sobresalto, como en casa sin puertas, de montaña sin amparo y de senderos sin guardia.